

Editorial

Empleo en América Latina y Neoliberalismo tardío: Tendencias

Este número de la *Revista Estado y Políticas Públicas*, en su *dossier*, analiza las tendencias actuales del empleo en el marco del neoliberalismo tardío y del “cambio de ciclo” en América Latina, particularmente en el caso de cinco países de la región: México, Venezuela, Colombia, Brasil y la Argentina. Las tendencias actuales se comprenden mejor si consideramos los avances de los proyectos nacional-populares y progresistas en la década anterior, porque desde comienzos del siglo XXI, convergieron por lo menos dos elementos para estimular la creación de empleo en la región. Por un lado, el primer elemento fue la crisis neoliberal del Consenso de Washington y la asunción de gobiernos que estimularon sus mercados internos y el intercambio regional, que generaron altas tasas de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB), y, por lo tanto, ello hizo que disminuya el desempleo. Estos se inscribieron en un interesante debate contra las posiciones neoliberales del “fin del trabajo” sostenidas por Jeremy Rifkin (1995) y en favor del pleno empleo y sobre nuevos tipos de políticas sociales de ingreso, superadoras de las de focalización y del asistencialismo previas.

Este debate resultó convergente con la segunda tendencia, el incremento en el precio de los *commodities* coincidente con el ascenso de China como gran poder económico mundial, y la elevación de sus demandas y el aumento de la Inversión Extranjera Directa (IED), que

benefició en forma significativa a las cuentas fiscales y también elevó las posibilidades de aumentar el gasto público de estos países para estimular el crecimiento del mercado interno, el desarrollo y la integración regional. Si bien, en algunos casos, también generó procesos de desindustrialización, esto parecía dar lugar a un nuevo paradigma —el neodesarrollista inclusivo— que estimulaba la inclusión, la producción y el empleo con aumento de los derechos laborales, en algunos casos, coincidentes con una pretensión de industrialización e incorporación creciente de conocimiento en la producción. No obstante, esta tendencia que parecía asociarse a la conformación de un bloque del sur, al irreversible ascenso de los emergentes en el poder mundial, a una nueva ola progresista con el emblema de las BRICS (por su alto crecimiento, competitividad, cuestionamiento de la unipolaridad de los Estados Unidos y la gobernanza mundial del G-7), va a encallar en los arrecifes de la crisis financiera mundial que se desata en el 2008 con la caída de Lehman Brothers y sus consecuencias ulteriores. Esta crisis que se extiende hasta la actualidad, afectando significativamente a los mercados emergentes que van a ver suspendidos sus sueños emancipatorios y de desarrollo. A fines de 2013, caen los precios alrededor de un 50% de las materias primas, tales como el petróleo, la soja, el cobre, el mineral de hierro (los principales bienes de exportación de

las economías latinoamericanas). Sin lugar a dudas, ello inicia el capítulo latinoamericano de la crisis internacional originada en el año 2008.

Para América del Sur, la situación empeoró cuando los Estados Unidos decidió subir las tasas de interés, lo cual generó la fuga de los capitales de las economías emergentes y la posterior devaluación general de todas las monedas periféricas. A eso se sumó la influencia del ‘poder blando’ y de ‘nuevas formas de intervención’ de los Estados Unidos para favorecer el cambio de ciclo regional y el ‘fin de los gobiernos populistas’, en alianza con las elites regionales más concentradas, los medios de comunicación hegemónicos, parte de los sectores judiciales y sectores medios influidos por el mensaje dominante de la corrupción, que no sólo va a derrotar por la vía electoral o del *impeachment* a gobiernos progresistas o aun estimulando resistencias salvajes por fuera de la política en algunos países, sino también a desplazar la influencia geopolítica de China y de Rusia en la región para “recuperar su patio trasero”. Asimismo, los otros objetivos centrales fueron: aumentar la tasa de ganancia de las empresas trasnacionales y volver al ciclo del endeudamiento financiero, o del ciclo de financiarización. Así, las economías centrales terminaron transfiriendo el costo de una crisis que comenzó en el epicentro del capitalismo, a causa de los métodos neoliberales allí aplicados.

Otra tendencia de no menor influencia fue el desembarco de las medianas empresas de los países centrales. La crisis de demanda interna se compensa saliendo afuera. Las medianas empresas europeas o estadounidenses buscan mercados externos y procuran instalarse en países latinoamericanos para garantizar un plan de negocios sostenible a nivel global. Indudablemente, esto condiciona a las economías locales porque desplaza a la producción nacional.

En el caso argentino —como bien lo analiza Julio César Neffa (coordinador del *dossier* de este número de la Revista) en su artículo de investigación—, la trayectoria del trabajo y del empleo en la Argentina atravesaron fases muy diversas y contradictorias según el modo de desarrollo. Es un país que, en promedio, cada década sufre profundas crisis económicas, sociales y políticas, con una tendencia que no es un progreso lineal, sino que presenta avances, crisis y retrocesos. Desde la caída del régimen de la Convertibilidad (1991-2002) y luego de un corto período de transición, se pueden identificar:

1. Un período llamado “kirchnerismo” (2003-2015) con una etapa de fuerte crecimiento (Presidencia de Néstor Kirchner), que se frenó desde la crisis mundial de 2008, y con dos Presidencias de Cristina Fernández de Kirchner hasta el año 2015.
2. La elección del Presidente Mauricio Macri (2015-2019) que dio inicio a un brusco cambio político, económico y social con la implementación de un nuevo modo de desarrollo y con el cambio de ciclo.

Se puede agregar que el cambio de ciclo y las políticas neoliberales acentuaron la tendencia al aumento del desempleo y de la precarización. Así, frente a los registros previos a la asunción del gobierno de Mauricio Macri en la Argentina, la industria emplea 65.800 personas menos. La tasa de desempleo abierta pasó del 6,7% al 8,9% y en el conurbano llega a los dos dígitos. Asimismo, en la Ciudad de Buenos Aires ‘los brotes verdes’ anunciados no tapan el desempleo. El instituto estadístico de la ciudad reportó una tasa de desocupación del 10,6% en el segundo trimestre, igual que el año pasado. La recuperación que destaca el gobierno no bajó el desempleo. Todo esto no es casual, ya que se apunta a disciplinar a la clase trabajadora, aceptar menores salarios y condiciones de trabajo flexibles, aumentar la

renta empresaria e insertarnos en el mundo mediante la financiarización de la economía. Ahora bien, en esta inserción con endeudamiento creciente, apertura del comercio exterior, *déficit* fiscal y comercial, la incorporación de trabajadores que se registra este año se concentra en sectores con salarios por debajo del promedio, con mayor inestabilidad y menores beneficios laborales. Este escenario atenta contra la recuperación del consumo masivo que sigue cayendo a pesar de algunos indicadores laborales mejores. Los datos más recientes publicados por el Ministerio de Trabajo argentino muestran que el universo monotributistas sumó 10.100 individuos en junio de 2017. Pero más de la mitad de esos nuevos puestos registrados son monotributistas sociales que no dan cuenta de una expansión de la demanda genuina de empleo, sino de un proceso de regulación de la situación laboral de cuentapropistas a partir de la extensión de la Asignación Universal por Hijo (AUH), a ese universo, en abril de 2016.

La foto del mercado de trabajo de julio 2017, en la Argentina, revela la creación de 31.300 puestos comparado con el mes anterior, aunque si se depuran los efectos estacionales, la cifra se reduce a 15.900 empleos. La dinámica detrás de esa aparente mejora es, por una parte, el gasto en obra pública y, por otra parte, el efecto rebote luego de la fuerte caída experimentada en el año 2016. De este modo, hay rubros industriales enteros con gran incidencia de las Pequeñas y Medianas Empresas (PyMEs), que están lejos de sentir el repunte del que habla el gobierno y difícilmente les llegue con las actuales políticas. Son decenas de miles las empresas damnificadas por la caída de la demanda interna, los tarifazos, las importaciones indiscriminadas, la falta de financiamiento y la inequidad de la política tributaria. Según señaló APyME en el día de la industria: “el gobierno privilegia la transferencia de recursos hacia sectores concentrados y extranje-

rizados, en desmedro de la industria nacional sustitutiva y el desarrollo científico local”.

En el caso de México, Saúl Escobar Toledo en su artículo de investigación que compone el *dossier* de este número de la Revista, señala que después de la crisis de la deuda y de la llamada “*década perdida*” de los años ochenta del siglo pasado, México intentó recuperar gradualmente la estabilidad económica, adoptando severas medidas de austeridad y reformas de corte neoliberal. En el año 1994, entró en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) o *North American Free Trade Agreement* (NAFTA) después de varios años de negociación entre los tres países involucrados: Canadá, los Estados Unidos y México, ahora a punto de abortar por influencia de Donald Trump. Con eso, se esperaba que el país iniciara una nueva senda de expansión económica, pero ello no sucedió. Los resultados durante este período en materia de crecimiento del PIB, de empleos, salarios, el papel de la política laboral y su debilidad institucional, muestra que lo que ha propiciado es una mayor vulnerabilidad de los trabajadores y la proliferación de contratos y sindicatos que no representan a los trabajadores. Todo ello es reflejo del crecimiento de la desigualdad, en particular en la distribución factorial del ingreso y de la magnitud de la pobreza, derivada de los bajos ingresos de los trabajadores, lo que explica también su persistencia crónica a lo largo de las últimas décadas en México.

En el caso de Venezuela, según muestra el artículo de investigación de Héctor Lucena, luego del fuerte crecimiento del 2003 hasta el 2013, durante los cuatro años del gobierno de Nicolás Maduro, constituiría el país con el peor desempeño económico en toda América Latina y el Caribe. Desde el 2013, al día de hoy, ha sido de retroceso económico continuado, y con perspectivas similares para el presente año. Según la Encuesta sobre las Condiciones de Vida de Venezuela (ENCOVI) del año 2014, el desempleo alcanzaba un

7%, pero entre los jóvenes de 15 a 24 años, era del 20%. Estos datos no varían en 2015 y 2016. Realmente el nivel de desempleo abierto no es alto, pero lo que ocurre se relaciona con el deterioro de la calidad de los empleos existentes. Es importante tener presente la estabilidad absoluta que se ha establecido para todos los trabajadores por Decretos del Ejecutivo. Además, la legislación ha agregado más situaciones concretas de estabilidad, como las relacionadas con la maternidad, la adopción, los decretos de emergencia, entre otros.

El artículo de investigación de Roberto Mauricio Sánchez Torres sobre la situación laboral en Colombia, refiere más precisamente sobre el trabajo por cuenta propia de ese país, señalando que éste representa una parte importante de las formas de inserción laboral en los países latinoamericanos. Este tipo de empleo es una alternativa a la falta de empleo y a las malas condiciones de trabajo que sufren los empleos asalariados. Se trata de empleos con bajas remuneraciones y que se realizan en deficientes condiciones de trabajo.

Por su parte, como se analiza en el artículo de investigación de Márcio Pochmann sobre la situación laboral en el Brasil, desde el año 2016, ese país convive con señales de ruptura democrática que terminaron con el círculo virtuoso de crecimiento anterior, es decir, del crecimiento económico con inclusión social. La recuperación del recetario neoliberal ha sido destructiva de los derechos sociales y de los trabajadores, concomitantemente con el elevado desempleo y la generalización de los puestos de trabajo precarios. La conexión de lo que ocurre en Brasil con las transacciones más generales en el mundo del trabajo, permite ampliar el contexto por el cual el capitalismo actual parece favorecer el ataque a los derechos sociales y de los trabajadores. Frente este giro global a la derecha, emergen reacciones que buscan reunir fuerzas que no siempre son suficientes para hacer frente a esta involución de las condiciones de vida y del trabajo.

Para finalizar, y tal como lo señala Julio César Neffa, se observa la heterogénea situación de cinco países de América Latina que después de períodos sostenidos de crecimiento autónomo apoyado en la industria, recientemente, han experimentado fuertes cambios en sus modos de desarrollo, revalorizando el mercado frente al Estado, aumentando la presencia y el poder de los “*managers*” o CEO’s, enfrentando severas crisis estructurales en sus sistemas productivos nacionales y en su inserción en la división internacional del trabajo. En diferente grado, atraviesan períodos recesivos o de débil crecimiento, generando desempleo, informalidad, precariedad, caída de los salarios reales y disminución de su parte en el ingreso nacional, provocando una reducción de la demanda efectiva debido al incremento de la pobreza y de la indigencia.

Sin lugar a dudas, este proceso que va en paralelo con la reprimarización de las economías, la desindustrialización, una amplia apertura del comercio exterior, el intento de atraer inversiones extranjeras, la generación de endeudamiento externo en todos los casos, evidencian claros ganadores y perdedores con incremento de la conflictividad laboral y social. Queda preguntarse: ¿Hay chances para una transformación de este rumbo que promueve el neoliberalismo tardío, habida cuenta su falta de sustentabilidad económica, las tendencias sociales altamente regresivas, y hasta represivas, que promueve para garantizar el ajuste?

Daniel García Delgado
Buenos Aires, septiembre de 2017